

# Casa de las sombrillas\*

ANA MARÍA BOTERO BERMÚDEZ

Egresada del Taller de Escritores de la Universidad Central.

Veinte minutos cargando una canasta de mimbre, cuidándola de inclemencias urbanas. Mi paso pretende ajustarse al ritmo de camiones y buses que aúllan cuando frenan y pasan cerca de la canasta como relámpagos.

La ciudad es ajeteo. Prisa que no cesa. Así la he podido sentir desde que salí en la tarde y crucé algunas calles del barrio para visitar a la abuela. Es la primera vez que camino sola; quiero acompañarla.

Piso las tablas asustadas de un puente enclenque; tapo mi nariz para evitar el olor del caño que aguarda la caída de la canasta siete metros más abajo.

Siento las gotas de lluvia martillar mi cabeza; son gigantescas. Saco la sombrilla roja y cuelgo la canasta en mi brazo. Sigo caminando hasta llegar a los edificios grises, mientras se mojan mis pies. 602, Interior 4, le digo al portero.

—Señora, es la niña de la sombrilla roja.

—Sí, que siga. La niña de la sombrilla roja es mi nieta —seguramente responde ella desde el sexto piso.

Le entrego a mi abuela la canasta llena de manzanas, granadillas y kiwis para hacerla sentir mejor. Mi tía, que es médica, no ha parado de comentar lo enferma que mi abuela se encuentra ahora. No obstante, a pesar de que la lluvia se ha convertido en granizo despiadado, no le he escuchado el primer estornudo.

Extiendo la sombrilla en la cocina. Huele a queso derramado, a sobras que se

enfrían. A pan que quiere moho; a espacio mojado. Justo delante de la nevera descubro un charco, pero no es de agua. En la casa de la abuela siempre se tapan las goteras con prontitud y eficiencia. El charco es de leche.

—¡Abuela, un reguero! —Mi asombro es repentino, violento como el hielo que cae del cielo. ¿Cómo podría salirse algo del orden implacable en la casa de la abuela?

—Inventos, tesoro. Solo inventos. Acompañame a la tienda que necesitamos huevos para el desayuno.

—Pero abuela, ¡está lloviendo a cántaros! Además, hay desorden. Es decir, desastre. DE-SAS-TRE. En eso se ha convertido la cocina. Por lo menos cuatro bolsas de leche rotas.

—Tonterías. —Ríe la abuela.

La calma y serenidad que siempre la han habitado parecen haberse esfumado. Una risa nerviosa la invade desde los labios hasta hacer temblar sus rodillas y revolotear sus pies.

—Tonterías, tonterías. Regueros, tonterías —canturrea, mientras se apresura hacia la habitación y se abriga con un chal oscuro.

Decido limpiar la leche derramada con el trapero viejo, mientras ella se dispone a sentir a flor de piel el agua congelada que se pega a los vidrios, a los árboles y al suelo de la calle, y que protagoniza una tormenta que no parece atenuar.

—¡Carolina, Carolina! —llama la abuela.

.....

\* Primer premio del Concurso Universitario de Cuento La Mujer, Bogotá, 2016.

—¿Sí, abuela? Ya limpié la leche que andaba en el suelo de la cocina.

—Me parece muy bien. —Me toma de la mano y me arrastra hasta la puerta del apartamento. Me mira a los ojos; se alista para decir algo como si fuera un secreto.

—Carolina, ¿tú tienes papelitos? —pregunta con la voz quebrada.

—¿Qué papelitos? —Veo sus labios apretarse; se pronuncian las arrugas junto a sus párpados; las canas que ha olvidado teñir brillan bajo la luz del bombillo.

—Los papelitos que María Lucía siempre carga en la cartera.

—¿La tía Lucía?

—Sí. Esos papelitos, ¿para qué es que sirven esos papelitos?

—Abuelita, ¿de qué papeles me hablas? Nunca te había visto tan rara.

—Son los papelitos fuertes que María Lucía entrega en la tienda. Esos que saca de la cartera.

Me quedo anonadada.

—Abuelita, ¿dinero?

—Dinero... —La abuela abre los ojos—. Sí —dice resignada—. Vamos, Carolina, vamos por los huevos.

—Abuela, no puedes pretender que salgamos con este clima —soy contundente, casi tanto como ella hace algunos años: “No podemos salir al parque con esta brisa, tesoro”. Llega el recuerdo, pero también se aleja. Ya casi soy más alta que la abuela.

Clava los ojos en la ventana y definitivamente precisa que no es broma. Que llueve como si la nube más negra se hubiera roto para dejar escapar ese llanto que cargaba dentro.

Me siento en el sillón de la sala y noto que los cojines de enfrente están descosidos. Pienso en el charco de leche. Pienso en la lluvia que le pega codazos a la ventana y en las manzanas de la canasta de mimbre.

—Abuelita, ¿quieres una de las manzanas que traje? Lo hice porque la tía Lucía sostiene que estás enferma.

—Ahora estoy enferma... —Parece una especie de revelación paulatina y pesada. Se quita el chal. Se sienta a mi lado.

—¿Quién dice que estoy enferma?

—La tía Lucía, abuelita —le digo en el momento más serio de la tarde.

—¿La tía Lucía? —pregunta confundida—. ¡Ah, Lucía! ¿Sabía que Lucía no



hace sino sacar diez en el colegio? Quiere ser médica.

La observo. La lluvia suena contra la ventana y suple cualquier comentario insulso.

—No sé cómo pagar la universidad de María Lucía, de María Antonia y de María Consuelo. —Se cruza de brazos. Empiezo a notar un gesto que solo puede denotar preocupación.

—Abuelita, la tía Lucía es médica; mi mamá Antonia es filósofa; María Consuelo, abogada. Por favor cálmate.

—¿Cómo quiere que me calme si Ricardo murió? ¿Qué va a pasar con las niñas? La más pequeña ni siquiera va en tercero primaria, y ¿cómo voy a pagar toda esta casa? Anoche murió Ricardo, ¡anoche murió! —La abuela es una nube negra que estalla.

—Abuelita, mírame. Soy tu nieta María Carolina. Tú sabes que soy hija de María Antonia, que ya creció y hasta se casó. Abuelita, tu esposo Ricardo murió hace mucho tiempo. Yo ni siquiera había nacido.

—Eran las nueve de la noche y su corazón se detuvo. No me dijo ni siquiera adiós. Las niñas estaban durmiendo. Al otro día tuve que darles la noticia.

—Sacaste todo adelante, abuelita.

—Todo se desvanece. —Su voz se apaga entre el llanto—. Mi vida es tan dura como catre de tijera.

La lluvia que calla es dolor de la abuela. Las manzanas siguen en la canasta de mimbre, igual que las granadillas y los kiwis. Le paso una. Una manzana roja. Y la muerde. Y se calma.

—Mantuve la esperanza. Después de una gran desolación, saqué fuerzas para perfeccionar el alemán que mi madre me había enseñado. Porque lo que dejan las madres no es solo un recuerdo o una canción de cuna, es el valor para permanecer en el mundo y darle

vida desde la palabra. Se me ocurrió la idea de las sombrillas. Sombrillas rojas. Cambié la casa por completo y la convertí en la Casa de las Sombrillas: una academia de alemán, en donde a cada cliente se le obsequiaba una sombrilla roja, indispensable en esta ciudad. Mi madre nunca olvidaba salir a la calle con una de esas.

Observo la sombrilla que yace en la cocina. El rojo desteñido.

—¿Es de verdad? No sabía que por esa razón me la habías obsequiado.

Ella muerde la manzana hasta terminarla.

—La Academia quebró el día que María Consuelo entró a la universidad. Resultaron ser más llamativas las sombrillas que las clases de alemán, pero no me quejo: era una excelente academia.

Suena el timbre. Desde que la tía Lucía descubrió la enfermedad de la abuela, la enfermera asiste todas las tardes y se queda a dormir en el apartamento.

—Otra clienta. En esta academia sí que nos va bien.

—Abuela, es la enfermera.

—¿Enfermeras? Tonterías.

—Buenas tardes, doña Gladys —saluda la enfermera.

—¿Ya escampó? —le pregunto.

—Está lejos, lejos de escampar.

—Tome una de las sombrillas —interviene la abuela—. Nada mejor para una tarde lluviosa que una sombrilla roja.

—Sí, doña Gladys —responde la enfermera siguiéndole el juego, como si muchas veces hubiera tenido que escuchar las mismas palabras.

Escampa y empieza la clase de alemán. La enfermera y yo somos estudiantes atentas que reímos y lloramos. Al finalizar recojo la sombrilla roja para devolverme a casa. Siempre que voy a donde la abuela la llevo. ■